

BÚSQUEDA

Es una sección que la revista ofrece de manera ocasional para profundizar sobre temas trascendentes de cualquier materia, por medio del diálogo entre dos analistas. Esta reflexión se podrá leer en un mismo número o en publicaciones sucesivas.

Una nueva generación de cubanoamericanos ha comenzado a participar en la vida pública estadounidense. Un sector significativo anhela una relación normal con la Isla, de la que se sienten parte. Poseen una lectura distinta de la de sus padres y abuelos sobre nuestras dinámicas sociopolíticas pasadas, presentes y futuras. Sostienen que corresponde a los cubanos de ambas orillas construir puentes de entendimiento y convivencia a favor de la nación cubana. Por ello, comparten esta sección dos exponentes de esta esperanzadora realidad.

Dos Cubas con cuatro opiniones

Por ALEXANDER M. CORREA

FOTOS: L. González

Hay un dicho en Miami —supongo que heredado de la Isla— que dice: “cuando hay dos cubanos reunidos, existen cuatro opiniones”. Además de subrayar la fama que tiene el cubano de hablador, este chiste ilumina algo que suele pasarse por alto dentro de la comunidad cubana en el sur de la Florida: el mito del monolito político.

Durante los últimos dos ciclos de elecciones en Estados Unidos, la prensa norteamericana ha informado con frecuencia sobre la “nueva” fragmentación de la identidad política de los cubano-americanos, impulsada —se dice— por una generación más joven y una nueva ola de emigrantes que no se identifica con los patrones identitarios de sus predecesores. Pero si bien es cierto que una transformación se está produciendo en Miami, en la cual se destacan, por ejemplo, una notable moderación de las actitudes relativas al embargo y la articulación de robustas redes transnacionales, suponer que esta no tiene precedentes sería trivializar el pasado. La política cubano-americana, como la de cualquier otra comunidad, jamás ha sido estática. Diversos grupos siempre han competido por ejercer influencia y por el monopolio de las ideas —ya sea de los antiguos simpatizantes de Batista, los revolucionarios centro-izquierdistas que se sintieron “traicionados” por el giro hacia el socialismo del Estado, los grupos minoritarios que aún hoy simpatizan abiertamente con el proyecto revolucionario, o las pequeñas facciones y puntos intermedios que siempre han existido dentro de estos campos. Desde esta perspectiva, lo que la prensa

percibe como un fenómeno reciente no solo representa la última variante de una larga historia.

Sin embargo, el mito del monolito de Miami existe por una razón, pues a lo largo de muchos años y a pesar de la diversidad presente en el fondo, es cierto que se iba consolidando un discurso público hegemónico que —como ocurre en cualquier otro pueblo— buscaba unir y tapar diferencias con el proverbial dedo, con la esperanza de lograr un objetivo mayor. En la cultura del *sound bite* en que vivimos en Estados Unidos —donde los titulares valen más que el contenido de un reporte— la huella de ese discurso se ve claramente en frases cotidianas como “..huyendo de la Cuba comunista”, algo que da la impresión de un total rechazo (tanto ayer como hoy) a la Revolución —sin que importe lo complicado que puede ser, o pudo haber sido, la realidad.

Consideremos, por ejemplo, el pequeño alboroto que se formó en 2011 alrededor del senador Marco Rubio con respecto a la historia de la inmigración de su familia a Estados Unidos. A pesar de que su biografía oficial declaraba que “huyeron” de Cuba después de 1959, un periodista del periódico *Washington Post* descubrió que, en realidad, habían salido por primera vez en 1956. Luego regresaron a Cuba en 1961 y finalmente emigraron de nuevo a Estados Unidos ese mismo año. Cito este ejemplo no para difamar al Senador, ni insinuar que no tiene derecho de describirse a sí mismo y a su familia como “exiliados”, dado que como a muchos de su generación les fue negada la oportunidad de volver a Cuba después de su emigración final.



Cafetería Cubaocho, ubicada en la Calle 8, ciudad de Miami.

La uso para demostrar cómo hasta hoy el discurso del “exilio histórico” ha absorbido tanto oxígeno político en la plaza pública de Miami que se vuelve tabú cualquier detalle que pueda sugerir un toque de compromiso con la Revolución, incluso en sus primeros años. Igualmente, cualquier referencia a las complejas circunstancias económicas o familiares que siempre rodean y complican las decisiones migratorias más allá de lo estrictamente político se considera “políticamente incorrecto”.

Este ejemplo pone de relieve una condición que aflige tanto a los hijos y los nietos del “exilio histórico” como a los descendientes de la Revolución: somos herederos de proyectos políticos que ni siquiera escogimos. Nacimos y nos criamos en contextos que, mucho antes de que llegáramos a tener conciencia ideológica o política propia, intentaron definir cómo debíamos ver la historia y pusieron límites a nuestras posibilidades de intercambiar con personas del otro lado.

En mi caso personal, como miembro de la *generación 2.5* de cubano-americanos —es decir, hijo de padres cubanos que se formaron como adultos en Estados Unidos, a diferencia a mis abuelos, que emigraron de Cuba ya adultos— mi formación en el Miami de los 90s y principios de los 2000s fue muy marcada por el discurso histórico que predominaba en el entorno. A diferencia de mis primos en Nueva Jersey, viví momentos de tensión en la relación Miami-La Habana que sirvieron para hacerme recordar siempre “por qué *estábamos* en el exilio;” e impedirle a las viejas cicatrices sanar. Incluso diría que para muchos de mi generación se generó una especie de “trauma heredado.” Por ejemplo, me acuerdo haber participado en fiestas de bienvenida para vecinos recién llegados en balsas. Escuchándoles relatar sus valientes historias, sus testimonios de sobrevivencia en el mar, y sus descripciones de los momentos más difíciles del Período Especial, mi familia

se reafirmó en su decisión de formar parte del exilio. También recuerdo estar acurrucado con mis abuelos frente al televisor, viendo la cobertura del derribo de las avionetas de Hermanos al Rescate. Luego escuchamos por la radio la grabación de los pilotos de los aviones de combate que se regocijaban del resultado del ataque. Dentro de mi familia, y por todo Miami, este suceso hizo resurgir sentimientos de victimización y justificó en muchos su encono acumulado. Es más, en cada fecha del aniversario del derribo, repetían por los medios las infames grabaciones, con el fin no solo de recordar a los fallecidos, sino también de añadirle leña al fuego.

Asimismo, me acuerdo de haber sentido la tristeza y la desesperanza que llenaron mi casa cuando falleció

Mas Canosa, aunque como joven no comprendía plenamente quién era ni lo que significaba su muerte. Y, por supuesto, recuerdo haber asistido a manifestaciones de apoyo a Elián González, gritando “Elián, mi amigo, Miami está contigo.” Cuando mis compañeros y profesores no cubanos criticaron mi posición, me vi obligado a defender mi comunidad como una persona cuya fe fundamental había sido cuestionada. Pues, Elián, como bien se sabe, representó para el “exilio histórico” mucho más que un niño. Se convirtió en un símbolo de algo que jamás cederíamos a la Revolución, y cuando el exilio tradicional perdió aquella batalla se consideró una vez más una víctima.

Estas son algunas de las vivencias que, vistas con retrospectiva, sirvieron para mí y para otros que conozco como una especie de “iniciación” en el “exilio histórico.” Junto con la preservación de tradiciones culturales de una mítica “Cuba de ayer” —ya sea la guayabera, la cocina criolla, o el son— estas experiencias conformaron en mi vida, y en la vida de otros hijos y nietos del exilio de los 60, un nacionalismo cubano alternativo. Lo increíble es que cuando he compartido estas memorias con amigos cubanos de la Isla o que se criaron en ella, hemos encontrado paralelismos con algunas de las experiencias de una identidad revolucionaria que se les pretendió inculcar.

Con el paso del tiempo, sin embargo, empecé a pasar por un proceso de transformación, tal vez incompleta, pero importante de todas formas —al igual que muchos jóvenes cubanos de la Isla que he conocido, sin que esto implique que nos fuimos todos convirtiendo en meros reflejos de nuestros antiguos contrincantes

BÚSQUEDA

ideológicos. En mi caso, por lo menos, resulta imposible identificar un punto concreto de inflexión. Fueron muchas las cosas que contribuyeron a un gradual re-análisis de algunas ideas. En parte, me impactó el ambiente de mi escuela secundaria pública, donde mis mejores amigos, que provenían de una clase media, como yo, no eran descendientes de ese “exilio histórico” de los 60, pues algunos de ellos se habían criado en la Isla. De igual manera, en la universidad, como becario en una institución privada, me asocié con otros estudiantes becarios de origen cubano, muchos de los cuales mantenían lazos con sus familiares en la otra orilla —lo cual tampoco quiere decir que no estuvieran firmes en las razones por las cuales originalmente se habían ido de Cuba. No obstante, recuerdo que cuando uno de ellos, ya en época del presidente George W. Bush, en parte por causa de trámites burocráticos no pudo visitar a tiempo a su abuela, que se moría de un Alzheimer avanzado, me indigné.

Igualmente importante fue un proceso de búsqueda interior que comenzó con una indagación más profunda en la historia de mi propia familia. Me propuse desempacar metafóricamente qué significó realmente para ellos “huir del comunismo”. Y me sorprendió aprender que mis familiares habían tenido fe en la Revolución. Todos celebraron su triunfo y hasta uno la apoyó a través de su trabajo como periodista, abrazando un proyecto que prometía eliminar la corrupción y ampliar las oportunidades. Aunque criticaron muchas cosas más tarde, en aquel momento no protestaron por muchos acontecimientos controvertidos de los primeros años, como los tribunales revolucionarios (algunos celebrados como espectáculos públicos) o la inicial postergación de elecciones multipartidistas, antes del giro definitivo hacia el socialismo. En realidad, mis abuelos, quienes emigraron en 1968, no se opusieron a la Revolución hasta que comprobaron que la capacidad para proveer económicamente a su familia y educar a sus hijos había disminuido y se había politizado.

Claro que la historia de mi familia no es igual a todas. Sin embargo, obviamente no todo el llamado “exilio histórico” salió de Cuba en el mismísimo 1959 o tuvo un pariente muerto o preso por actividades en contra del gobierno. Para muchos de la clase media pre-revolucionaria, como mi familia, el eventual rechazo a la Revolución no se debió a una ideología determinada o bien formulada, sino a una combinación de factores. Me di cuenta que la “traición” que mis familiares sintieron no fue tan ideológica en lo abstracto o al nivel macro como en lo personal, puesto que pensaban que tendrían la oportunidad de forjar sus vidas y hacerlas florecer sin grandes cortapisas, imposiciones externas o estatales. Cuando ellos llegaron a esta conclusión decidieron irse.

Estas revelaciones, o más bien matizaciones, de la historia complicaron la manera en que yo me identificaba con un discurso histórico y político monolítico que

aún hoy pretende obstaculizar los lazos económicos y sociales con la Isla hasta que se logre una utópica democracia occidental. Además, me hicieron cuestionar el discurso complementario que estigmatiza a los cubanos recién llegados por supuestamente “mantener al comunismo” mediante el envío de remesas o viajes a la Isla. Después de todo, ¿no son estas prácticas manifestaciones del mismo derecho que mi familia reclamaba en aquel momento —es decir, el derecho de ayudar a sus seres queridos y prosperar independientemente? ¿Y no hubieran aprovechado muchos exiliados la oportunidad de hacer lo mismo, si al llegar a Miami hubiera sido más fácil mantener vínculos directos con aquellos que dejaron atrás? El breve período entre 1977 y 1982, cuando la prohibición de viajar a la Isla se levantó completamente y decenas de miles de exiliados regresaron a Cuba resulta ilustrativo. No obstante, la cruel realidad es que en la medida en que fueron pasando los años y los lazos sociales del “exilio histórico” con Cuba se fueron deteriorando, se fue haciendo más fácil aislarse de la Isla y criticar conductas de otros emigrados que para los exiliados de los 60 y sus descendientes ya no eran relevantes.

Ese “ya no ser relevante” para Cuba es lo que más temo para el exilio tradicional y sus descendientes. Su influencia hoy en día es indirecta, concentrada en mantener una política estancada que intenta corregir un mal a través del aislamiento y la presión externa. Según esta estrategia, el posible levantamiento de las sanciones económicas pretende servir como la zanahoria proverbial para motivar la reforma. Pero el tiempo ha demostrado que esta política no solo ha quedado corta en lograr sus objetivos, sino que también ha corrido el riesgo de convertir a los descendientes del “exilio histórico” en personas insignificantes para el futuro de Cuba. En vez de alentar a mi generación a restaurar los pocos lazos que quedaban con la Isla cuando la coyuntura pos-Guerra Fría lo pudo permitir, al insistir en más aislamiento aún el “exilio histórico” propició, tal vez sin proponérselo, la continuación de lo que más le dolió al principio: la ruptura del vínculo familiar y social. Tristemente, el resultado concreto de este proceso es que mi generación y los que nos siguen estamos destinados, en nuestra gran mayoría, a seguir el camino de otros grupos de inmigrantes en Estados Unidos que se vuelven puros turistas cuando visitan la tierra de sus padres.

Si no cambiamos esta dinámica, uno de los legados de una comunidad que tanto amó a Cuba será, irónicamente, que sus descendientes estén desconectados de ella. Y más irónico aún para aquellos defensores de las políticas de aislamiento, esta desconexión llevará consigo su propio impulso hacia el inevitable descongelamiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

BÚSQUEDA

Tarde o temprano el “exilio histórico” será reemplazado por una generación en su mayoría desinteresada del tema Cuba¹ y por cubanos recién llegados que favorecen relaciones aún más fluidas de las que hemos experimentado en estos últimos años. En este sentido, ya se está cavando —aunque gradualmente— la tumba de las políticas fallidas del pasado. El dilema de Miami, por lo tanto, no es cómo redoblar los esfuerzos para aislar a Cuba antes de que se organicen políticamente los recién llegados, como algunos piensan. Es reconocer que los que estarán mejor posicionados para ayudar a Cuba en el futuro serán aquellos que hoy en día están más conectados a la Isla y cercanos a su pueblo que a cualquier ortodoxia política.

En mi caso personal, he llegado a la conclusión de que no es muy tarde para animar a mi generación a desarrollar vínculos con Cuba con la misma intensidad que se buscan oportunidades para conocer a otros países en el extranjero. Con la relajación de las restricciones de viaje, he podido conocer a mis primos en la Isla y permanecer en constante contacto con ellos a través del milagro que es el correo electrónico. Incluso este año tuve la oportunidad de invitar a las primas de mi mamá (o mis madres habaneras, como yo las llamo) a visitar a Miami para reunirse con mi familia después de más de 40 años de estar separados. Como muchos amigos míos que han tenido experiencias semejantes,

he podido experimentar una identidad más supranacional, libre de prejuicios y máscaras, y tender un puente que ojalá otras generaciones sean capaces de cruzar de ida y vuelta. En mi caso al menos, he llegado a conocer que los vínculos quebrados sí se pueden restaurar, que se puede tener una relación con ‘el otro’ a pesar de las diferencias. Y el hecho de intentarlo no significa traicionar nuestras raíces, sino salvar algo que se dejó por perdido.

Ya no me motiva un pensamiento político predeterminado, ni de aquí ni de allá. Lucho, en cambio, por el derecho de formar mis propias ideas, descubrir mi propia Cuba, defender la pluralidad a pesar de las diferencias, y maximizar el terreno común —todos ingredientes esenciales de cualquiera sociedad que aspira a ser libre. Aceptar la multiplicidad de ideas entre los cubanos y aceptar humildemente que tenemos mucho que aprender son los mayores aportes que mi generación le puede ofrecer a la Isla. En fin, que vivan las dos (o más) Cubas con sus cuatro, cinco, seis opiniones.

Nota:

1- Encuestas muestran que para la tercera generación de cubano-americanos, Cuba, como tema político, no es de alta prioridad. La mayoría están más interesados en temas de política doméstica como lo recuperación económica pos-crisis y la reforma del cuidado de salud (más bien reconocido como el *Obamacare*) que en la política entre Estados Unidos y Cuba.



Calle 8, ciudad de Miami.

BÚSQUEDA